



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.026

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

JUEVES 4 DE ABRIL DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## PARA HUERTAS Y JARDINES.

HUERTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantadores, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, taponos para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el instrumental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

## DESDE MADRID

Señor Director:

Muy señor mío: ¡La vida es esta! Yo como todos hago un paréntesis a mi dolor y torno a amarrarme al carro del deber, procurando devolver mis lágrimas entre el farrago de papeles que representan hoy para mí, más un enojoso fastidio que una distracción honrada.

¡La vida es esta! No ha de paralizarse el mundo porque un alma vuole del planeta, y yo que en el concierto de la humanidad nada valga, aunque algo represente, debo desechar de mi cerebro ideas imposibles de hermanarse con el hervidero del gran baile universal; aunque mi corazón levante en lo más hondo, templo magnífico a la grandiosidad del recuerdo de mi pobre Sofía.

No tengo derecho, Sr. Director, a que usted se asimile un átomo de este sentimiento, que, egoísta, quiero saborear solo, con el placer de mortificar mi espíritu y empaparle de ese goce tan triste como íntimo del asceta que, al mortificar su

cuerpo va creando un culto al más hermoso pensamiento de su alma.

Contra mi costumbre he hablado de mí, perdonen ustedes este desahogo a mi tristeza, y no me lo tomen en cuenta; yo, como aquel autor y actor tan conocido, digo: «No lo volveré a hacer.»

He comenzado esta carta hablando de tristeza, y veo por desgracia, que en este tono he de seguirla; lo que hemos dado en llamar «Cuestión de Cuba» sigue preocupando a la opinión, como en todos los sucesos de esta índole, hay quien cultivaba la nota pestifera, y quien, por el contrario, no ve en la odiosa insurrección sino una horda de bandidos sin importancia; yo, alejado de la política, é imparcial (por no ser interesado) ni acepto las tenebrosas impresiones de los primeros ni admito la beatífica tranquilidad de los segundos.

Indudablemente los últimos sucesos de nuestra vida interior, han tenido para aquellos que viven alejados de nuestras luchas, una resonancia y un valor que jamás han alcanzado; de ahí que los elementos hostiles a nuestra querida España hayan ocasión para dar cima a sus criminales deseos.

Hemos vivido mucho tiempo sin gobierno, y nuestros enemigos, menos tontos y algo más fuertes de lo que en sus sueños de beatitud creía el Sr. Sagasta han levantado la cabeza.

Sabe usted que no hago política, y en consecuencia no soy sospechoso, pero entiendo que las cosas han variado; las últimas impresiones suscitan una reacción favorable a nuestra patria; las medidas acordadas por el nuevo Presidente del Consejo, la sinceridad de sus explicaciones, la energía con que se apresta a luchar por la santa unidad de la patria, han levantado el espíritu de nuestros hermanos de afuera los mares, y han determinado la huida de algunos cabecillas, entre ellos Brook jefe de la partida que ope-

raba en Guantánamo, que ha embarcado para Nueva York, y algunos otros, entre ellos Dalmau y Mariano Laca; tampoco han desembarcado en la provincia de Santiago de Cuba, como se creía, los hermanos Maceo; estos están en Jamaica.

La guerra de Mindanao sigue su curso; nuestro valiente ejército continúa su historia de proezas y de gloria; la ya célebre laguna de Lanao está dominada por nuestros bravos soldados que sin temor a las inclemencias del tiempo y haciendo motivo de alegría su penalidad, vence riendo al pensar que hay diez y seis millones de españoles que los admiran, y una madre, ó una hermana ó una novia que los bendice.

No todo es alegría; en el glorioso combate de Marahuit hemos tenido pérdidas sensibles; un jefe y dos oficiales muertos han pagado con su sangre la deuda que todos tenemos contraída con la patria; tres jefes y ocho oficiales heridos, esperan de sus hermanos una recompensa a su sacrificio.

Aun hay más, Sr. Director; también los «Moritos» de Río de Oro apuntan sus armas contra la factoría é intentan pasar a cuchillo a nuestros soldados. Felizmente, no creo tenga importancia esta intención, que en último extremo, dos cañoneros de nuestra escuadra harían fracasar.

El Congreso sigue discutiendo los presupuestos; la mayoría parlamentaria sigue, en su actitud discreta y altamente patriótica; ahora al gobierno del Sr. Cánovas toca no forzar esta nota, dando lugar a que las minorías republicana y carlista enciendan las pasiones hasta un límite que sea imposible calmarlas.

En mi opinión, creo que es de todo punto imposible llevar a la par dos discusiones de índole tan distinta como son la discusión de presupuestos y de la crisis pasada, sin que olvidándose de los males del

país, surja un verdadero y grave conflicto; en el tacto y dotes de gobierno del presidente del Consejo hemos de fiar.

La política extranjera también ofrece como diría un discípulo de Kant, «motivo de pensamiento».

Las invasiones que los franceses han hecho en territorios colocados bajo la salvaguardia de Inglaterra, traen preocupadas a las gentes que de política internacional se ocupan.

Dos columnas francesas se han apoderado de los territorios que en la región del Níger están bajo el protectorado inglés; y como si esto fuera poco, al mismo tiempo atacan en la frontera de Siam, estableciendo fortificaciones en terreno declarado neutral en la guerra pasada.

Esto no pasará de la categoría de «rosamiento» que por la vía diplomática tendrá fácil arreglo; pero de todos modos dada la situación especialísima en que están colocadas las naciones europeas, es preciso tener presente para el día tan temido de saldarse cuentas.

Los periódicos franceses hacen justicia a la rapidez y energía con que el Sr. Cánovas ha formado ministerio y se apresta a la lucha que los problemas de la política española le ofrecen; casi toda la prensa opina que al nombramiento de Martínez Campos y la ayuda incondicional que el gobierno le presta, son garantías para asegurar la tranquilidad en la isla de Cuba.

Todos y cada uno en esta vida representamos un tornillo de la gran máquina universo y feliz el que puede cumplir su sagrada misión entre el aplauso de algunos puñados de hombres!

Y como por la mano al hablar del aplauso, hiero mi memoria la última obra del Sr. J. Ribeiro, escritor castizo que, con su «Petrina», hace por la sociedad un esfuerzo su gallarda pluma, digno por todos conceptos de alabanza.

En forma de aménísima novela, el Sr. Ribeiro cuenta y detalla epi-

sodios fidedignos de la guerra civil que por su galanura y sencillez le conquistan lauros de pensador y hombre de tendencias filosóficomorales que tan abandonadas tenemos hoy. Es una obra para un hombre de ciencia y para un estudiante de primacía y sobre todo, obra que ensancha el campo de doctrinas santísimas de enseñanza.

Puede jactarse el Sr. D. Jacinto Ribeiro de conocer como pocos eso que los hombres de letras llaman resortes y anzuelos de las buenas novelas.

Como verán ustedes hoy las noticias de mi crónica no son alegres pero en cuanto a mí, tal es hoy mi estado de ánimo que, como aquel Labrador a quien habían tafado sus viñas y los convecinos fueron bafados en tanto a decirle que una horrorosa nube iba a descargar en el pueblo, casi me siento dispuesto a decir: «Por mí, que siga».

Deseando tener mejores noticias que comunico a ustedes en mi próxima carta, queda como siempre, suyo afectísimo s. q. b. s. m. GARCÍ-FERNÁNDEZ.

## D. ANTONIO R. DE CEPEDA

Cuando nos disponíamos a apuntar algunos datos biográficos del ilustre cartagenero, que ha fallecido recientemente en Valencia, llegó a nuestro poder «El Correo de Valencia» que nos da el trabajo hecho.

Dice así nuestro estimado colega en su artículo necrológico dedicado al hombre ilustre que durante sesenta años ha sido catedrático de la universidad valenciana:

«D. Antonio Rodríguez de Cepeda y Garrido, nació en Cartagena el 21 de Abril de 1814.

En los años de 1825 al 28, esto es, cuando solo tenía 14, ganó tres cursos de filosofía en el seminario conciliar de San Fulgencio y desde 1828 al 31, ganó otros tres de Teología. En 28 de Setiembre de 1831, obtuvo en Granada el grado de Bachiller en Sagrada Teología, ante el claustro en pleno, con la nota de *nomine discrepante*. En la mis-

EL HILO DEL DESTINO.

389

zado, y como si no estuviera de buena fé con el mundo,

¡Oh, perspicacia femenina! penetración singular que tuvo Laurita, y que entre todo aquel concurso, compuesto de hombres de mundo, de ciencias, y de profundos conocimientos, solamente ella tuvo, merced a ese don singular, insalvable, magnético, que la naturaleza concede a algunas de sus mujeres privilegiadas, y que ellas mismas no saben, ni descifrar ni explicar.

—Te lo concedo—continuó Fernando—y te confieso Laura, que para mí, esa misma falta de amabilidad que tu has notado, y las pocas palabras que le he oído articular, ni muy remotamente me inspiran hacia él la mas leve simpatía. Se me figura hombre que difícilmente podría yo decidirme a hacerle mi amigo; de quien siempre desconfiaría.

—Qué jilicios tan rápidos—interrumpió Laurita.—Para pensar mal, siempre está uno a tiempo; y además, le falta la amabilidad, no es acreedora a ser condenada con esta anticipación; antes de hacerse uno conocedor de las causas que la puedan producir. Tal vez, Fernando, sea este joven corte de genio, tal vez haya sido desgraciado, tal vez haya tenido algún desengaño, y en fin sobre todo, ¿a que condenaría antes de conocerle?

Fernando se confesó contrito, por la falta de te-

388 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

jas de su contienda no tenían chispa de delicadeza ó vergüenza, y que era un desdoro para otras muchachas alternar con ellas.

Y estos cuchifeos, de que era Julian objeto, se sostenían en toda la sala; en primer lugar, porque siempre en la sociedad se ocupan los unos de los otros; en segundo, porque los recién venidos suelen mayormente contribuir al gasto; y en tercero y último, porque la fama que le había precedido, unida a su hermosa presencia, contribuía a aumentar todos estos motivos.

En un sofá sentados Carvajal y Laura, también ellos, desde allí, hacían sus observaciones sobre el nuevo presentado.

—Tiene una figura en extremo hermosa—decía Carvajal—Bastante, ó mejor dicho, nunca he visto un joven mejor parecido, pero noto algo en la expresión de la boca que no me agrada. Dureza demasiado marcada, para los pocos años que dicen cuenta. ¿No le hallas el mismo defecto, Laura?

—Francamente—contestó ella—no se lo veo. Es una cara para mi gusto, perfecta; y luego su aire, sus maneras, son tan elegantes, que nada se le puede pedir. Una cosa sola no me agrada en él, y es que le falta amabilidad. Observa, y veras que sus mismas atenciones, su misma sonrisa, todo en el es for-

EL HILO DEL DESTINO.

385

exactitud; y en efecto, nada más plausible que lo que Julian llevaba dicho.

—Efectivamente, recuerdo, recién vuelto de mis viajes, haber recibido cartas de Felipe, de Lima; me acuerdo bien que hice el cálculo que debería él haber llegado allí algunos meses después de mi marcha. Es una época tan distante que casi la tengo olvidada.

—El señor de Molina parece, por el contrario, tenerla muy en la memoria, y se refiere a ella con el más visible placer—exclamó Julian en contestación.

—Continuamente me habla de la temporada que pasó en mi país, donde fué tan benévola y acogida, y de los gratos recuerdos que aun conserva no solo de él, sino de los demás puntos de América que visitó durante los tres ó cuatro años que estuvo ausente de Sevilla. Me ha contado que aunque obligado por asuntos de interés a emprender el viaje al nuevo continente, y a emprenderlo muy contra su voluntad, los halagos que allí recibió, la hospitalidad...

—Tiene mucha confianza en usted por lo que veo—exclamó Bonavides, de repente, interrumpiendo y fijando en Julian una mirada escrutadora.

—No tal—se apresuró a decir que último año en el terreno de la verdad.—Me atrae con deferencia, con cariño, pero la diferencia en nuestras edades, y mi inesperienza del mundo, y en fin, el poco tiem-